



Construcción de la presa de Cueva Foradada, 1912.
(Foto: Confederación Hidrográfica del Ebro)

TIEMPOS VIVIDOS Y MEMORIAS PENDIENTES DE OLIETE

FERNANDO AÍNSA AMIGUES
ESCRITOR

En principio debería ser fácil escribir sobre un pueblo que se conoce bien. Sin embargo, al abordar el tema solicitado con persuasiva insistencia por los amigos de la *Revista de Andorra*, me he topado con una dificultad: Oliete es parte de mi vida y, por lo tanto, esta no puede ser la crónica objetiva de un viajero que descubre un pueblo de su comarca –como se me había propuesto–, sino la de un arraigado tardío. Hasta fines de 1999 mi vida había sido algo errante: Palma de Mallorca, donde nací y siempre fui un “forastero”, Uruguay que me dio la ilusión de una patria, París y un trabajo internacional que me llevó por el mundo durante veintiséis años habían jalonado un forzoso nomadismo. De golpe en 1976 descubrí que Oliete –aunque lo había visitado fugazmente en 1973 y formaba parte del imaginario mítico de mi infancia– era el puerto de un destino común. No había que seguir buscando. Así –Mónica y yo– fuimos echando raíces, plantando literalmente árboles, a lo largo de los años en que nuestras vacaciones tenían este solo destino.

Y aquí estamos.

Sin embargo, no es la historia de este arraigo lo que debo evocar en estas páginas. Ese es tema para unas memorias que ando esquivando y que si llego a escribir algún día, será cuando los recuerdos empiecen a confundirse. Entonces, a falta de memoria, inventaré el pasado, como aconsejaba Francisco Ayala cuando cumplió cien años. Se trata hoy de transmitir experiencias y sensaciones que Oliete procura a todo aquel que se acerque con curiosidad y modestia a esta tierra para conocer el paisaje y a sus gentes desde dentro.

Conocer el paisaje desde dentro

Conocer Oliete es identificarse con su paisaje escondido en lo hondo de este estrecho valle que se adelgaza siguiendo las orillas del río Martín hasta el pie del embalse de



Inauguración por las autoridades, civil y eclesiástica, del “tranvía” tirado por caballos que iba de Oliete a las obras del pantano de la Foradada. Esa misma vía serviría para subir y bajar materiales para la obra en construcción. (Foto del archivo familiar del autor)

Cueva Foradada. Y con un poco de esfuerzo –tras subir 272 empinados escalones–, desde una altura de 65 metros y a lo largo de una especie de mirador de 113 metros de longitud, tener el privilegio de una vista panorámica hasta las tierras de Alcaine.

Para quien se interesa por esta obra de principios del siglo pasado hay en el recinto del embalse un museo que retraza el proyecto con abundantes fotografías de la época, gráficas, explicaciones y un libro cuya lectura recomendamos¹. El conjunto del museo incluye la maquinaria de la antigua Central Eléctrica Olietana inaugurada el 1 de abril de 1902 para dar energía al pueblo y a otros vecinos, excelente ejemplo de lo que era entonces la autarquía económica. Y si faltaba algo se hacían trueques con el vecino. Así, las reputadas frutas, especialmente manzanas, de la huerta se intercambiaban con los cereales y la paja de la fría meseta de Muniesa y Cortes.

Para adentrarse realmente en el paisaje, hay que descubrir en Oliete, más allá del verano y sus fiestas (la de San Bartolomé –del 22 al 24 de agosto– y las patronales –del 13 al 16 de septiembre), las luces y el color dorado de la chopera en otoño; los inviernos rigurosos, aunque secos y sanos; sus calles desiertas, pero sus habitantes solidarios; el verdor que surge como por ensalmo tras las escasas lluvias; su primavera, en que todo parece resucitar, dando una nueva oportunidad a la vida y la esperanza.

La naturaleza es variada en sus alrededores: el río Martín y sus riberas, los cabezos que descubren panoramas extendidos hacia Alacón o Ariño, los olivares yermos o cultivados, la sima de San Pedro, donde chovas, palomas, grajillas y tordos acuden al atardecer a refugiarse en su enorme grieta de 108 metros de profundidad en cuyo fondo una laguna

1

LERMA LOSCOS, Josefina, *La construcción de los pantanos de Escuriza y Cueva Foradada. Ese frenesí de lo imposible*, Andorra, CELAN, 2009.

de 3200 m² de superficie y honda de 20 metros invita a espeleólogos a explorarla y a los fantasiosos a forjar leyendas. “Es un brazo de mar que llega hasta aquí”, me dijo Miguel Oliete la primera vez que me asomé al borde de este sorprendente accidente geológico. ¿Un brazo de mar? La verdad es que en las noches de vigilia me hubiera gustado que fuera así y escuchar, traído por el viento del este, el rumoroso oleaje marino de su fondo y haberle dado una razón póstuma a esa peregrina teoría.

Adentrarse en el paisaje es, sobre todo, adentrarse en la historia. Oliete está rodeado de restos prehistóricos, el último de los cuales –las pinturas rupestres de la Tía Chula– ha sido descubierto en 1994 en una gruta en lo alto de la sierra de los Moros. Allí ciervos, alguna cabra, jabalíes y una especie de asno o caballos cabalgan por sus muros. Siluetas estilizadas persiguen jabalíes y toros, dirigidos por hombres con cabeza de ciervo a los que no cuesta imaginar como hechiceros.

El Palomar, pueblo íbero perfectamente conservado pero de difícil acceso, permite contemplar Oliete desde la otra orilla. Su importancia aparece bien retrazada en el Centro de Interpretación de la Cultura Ibérica Alejandro Cañada, que vale la pena visitar en su local abierto sobre la carretera. El conjunto –naturaleza y arte– tan rico como diverso integra el Parque Cultural del Río Martín, con senderos para recorrerlo y repoblado con cabras ibéricas traídas de la Sierra de Gredos. Las cabras, que puedo ver desde el porche de mi casa bajar con agilidad a beber al río Martín por la escarpada ladera del cabezo Malvín, se han multiplicado. Ahora son auténticos rebaños dirigidos por enormes machos de espléndida cornamenta, entre los que juegan a principios del verano los jóvenes cabritos capaces de dar saltos entre los muros de los corrales en ruinas. La pregunta típica entre los paseantes que suben al pantano o se aventuran por el río seco es “¿has visto cabras?”. Prismáticos y cámaras fotográficas en mano muchos buscan ese testimonio como respuesta.

Se dice con razón que Oliete es un excelente destino para excursionistas de un día, una semana o una vida... Al parecer –según la incierta y difícilmente verificable versión de la Enciclopedia Wikipedia– lo fue para su fundador, un tal Jeremías Oliete, quien huyendo desde el norte de la península de la invasión visigoda logró vencerlos aliado con los íberos de la comarca. Para no dejar ningún rastro visigodo en esta tierra, echó luego sus cuerpos al fondo de la sima de San Pedro. Ahora los apellidados Oliete, numerosos en la comarca, serían sus orgullosos descendientes, aunque la mayoría probablemente ignora ese origen.

Memorias de otros tiempos

Una historia más reciente permite recordar que Oliete, hasta mediados de 1930, tenía más de dos mil habitantes (en 1910 llegó a tener 2535), varias panaderías de horno a leña; tres carnicerías vendiendo embutidos caseros, carne de cerdos y corderos criados en los corrales de los alrededores y matados en un local hoy sala de exposiciones y actos culturales; dos sastrerías para hacer trajes a medida para bodas y entierros; una confitería para merendar con la reputada pastelería de Vicente Cañada, que había aprendido las artes de la repostería en Valencia. Vicente y su esposa, Adelaida Vallés, serían padres del pintor Alejandro Cañada, el artista emblemático de Oliete.

Oliete tenía una tienda de “ramos generales”, originalmente fundada por mi bisabuelo Juan Domingo Royo y luego regentada por uno de sus cinco hijos, Adolfo Royo Trallero,



Juan Domingo Royo, bisabuelo del autor, en su huerto, donde solía reunirse la familia alrededor de una glorieta y una fuente: cinco hijos y varios nietos. Fundó la tienda Casa Juan Domingo Royo, que luego se llamaría Casa Burillo, de “ramos generales”, situada en la calle Mayor de Oliete, donde se vendían toda clase de utensilios de labranza, herramientas, vestimenta y calzado. (Foto del archivo familiar del autor)

siempre con el nombre familiar, como se solía hacer entonces. Se llamaría luego Casa Burillo cuando se la cedió a su fiel empleado, Juan Burillo, al comprender que ninguno de sus hijos –Rodolfo, José e Isaac– se hizo cargo de la próspera empresa. Si el primero quiso desde pequeño ingresar a la Marina, lo que parecía un despropósito para un niño que nunca había visto el mar, vocación que cumplió; el segundo, José, eligió las leyes y como notario fue registrador de la propiedad, para regresar anualmente al huerto familiar y pasar el verano a la sombra de enormes pinos con la silueta de Oliete como paisaje de fondo; el tercero, Isaac, ingeniero, edificó en 1932 una casa donde prima el hierro, siguiendo probablemente el ejemplo en boga de Gustave Eiffel, verdadera fortaleza de hormigón y hierro que sigue llamando la atención desde el puente de ingreso a Oliete. Moriría fusilado, a sus 33 años, por los nacionales en Huesca el 21 de julio de 1936, en una de las tantas represalias con que se han escrito las páginas más siniestras de la guerra civil.

Sentado bajo el frondoso emparrado de esa sólida casa, “sobredimensionada” la define Adolfo Royo, nieto de Adolfo, hijo de José y primo segundo mío –al poner orden en mis dispersos recuerdos familiares–, una familia cuyas raíces olietanas remontan al parecer al siglo XVI, según acreditan documentos que tiene enmarcados en su bodega. Recuerdos que poco importan en este viaje en el espacio y el tiempo que propongo en estas páginas, pero que reafirman mi convicción del arraigo buscado.

Hay que volver a Casa Burillo. Allí compré años después mi primera azada, rastrillo, pico y pala y las inevitables alpargatas de esparto. Juan Burillo se había convertido por imperio de circunstancias que nunca me resultaron evidentes en mi “tío Juan”, tío adoptivo o putativo, como se quiera llamarlo, y sus hijas Rosario y Marina en primas, condición que

reivindicaban con orgullo. Desde la trastienda, la esposa del “tío Juan”, también llamada Rosario, nos invitaba a comer unas pastas con un vaso de leche y “charrar un ratico” alrededor de una mesa camilla.

Detrás del mostrador el tío Juan –siempre uniformado con una bata gris– me vendería también rollos de alambre y metros de manguera y deslizaría los billetes de las pesetas con que le pagaba por una ranura abierta en la madera, sistema que me sorprendería por su eficacia y seguridad. Con el tiempo, cuando ese tío que el destino me había dado, falleció, su hija Rosario siguió con la tradición de hacer desaparecer las pesetas por la hendidura del mostrador. Sin embargo, el enorme reloj, al parecer idéntico al de una estación londinense, que había durante años dado las horas con sonoras campanadas en el centro de la tienda, se había detenido para siempre a las seis menos cuarto de un día que no pude precisar, pero que me gustaría hacer coincidir con el de la muerte del tío Juan.

Años más tarde, unos metros más abajo de Casa Burillo, la tienda del Higinio, incorporaría una visión comercial más moderna, adelantando al “mini-market”, aunque sin ofrecer el auto-servicio; y el barbero, Alfredo Andreu, abrió la primera tienda de electrodomésticos de Oliete en el estanco, frente al Ayuntamiento, y se improvisó como electricista y fontanero, instalando neveras, lavarropas y televisores en los primeros años de la bonanza económica.

Oliete tenía un herrero –Manuel, *el Puerto*– y una carpintería que seis generaciones de Moliner (todos a excepción del primero, Martín, se han llamado José) han transformado en una verdadera “dinastía” y en un monopolio el arte de la madera, ahora en buena parte mediatizada por cármicas y compensados. De esas seis generaciones he conocido las tres últimas. La primera, situada en los bajos del domicilio familiar en la calle Placeta, con una fragua, un yunque, una recia mesa de carpintero lacerada por su uso y cepillos, sierras, formones y destornilladores que ahora serían codiciados objetos de anticuario. A su entrada, lo mismo podía verse una mula renovando sus herraduras que un vecino pidiendo que le ajustaran una ventana desvencijada. La segunda, regenteada por su hijo, *el Pepe* Moliner, se situó en la acera de enfrente. Era más espaciosa y había incorporado la electricidad a las tareas manuales de antaño. Allí hacía el aprendizaje del oficio, su hijo José Luis, ahora peinando sus primeras canas e instalado en una nave industrial del otro lado del río Martín, disponiendo de una moderna maquinaria que le permite trabajar no sólo para Oliete, sino para pueblos vecinos y hasta en Zaragoza.

El pasado no tan remoto de Oliete incluye el cine Capitol, en el local de la Tacaña, “comedias” representadas al aire libre en El Arrabal, tradiciones y costumbres que Azucena Carod Blasco, al frente de la Asociación de Pensionistas de San Bartolomé, gusta rememorar. Nos habla así de la fiesta de Santa Águeda, celebrada el 5 de febrero, suerte de “Día de la mujer” de origen ancestral. Ese día, tras la inevitable misa, las más fuertes y animosas subían a la torre de la iglesia a tocar las campanas, mientras el resto danzaba en la plaza. Carne asada en el frontón y chocolate para merendar culminaban esa jornada que sigue festejándose con pocas variantes y sigue siendo solo para mujeres.

Azucena nos habla también del lunes de Pascua en que Oliete celebra la fiesta de San Pedro, pero nos cuenta cómo se hacía entonces: con caballerías y carretas adornadas con sus mejores atavíos y jóvenes llevando orgullosos en la grupa a mozas cubiertas con sus pañoletas a la finca de San Pedro, en las afueras del pueblo y a orillas del río Martín. Allí

se tendían manteles y se comía con algarabía el tradicional “roscón”, bollo relleno con trozos de longaniza o –con mejor fortuna– se asaban costillas de cordero en improvisadas parrillas. Algunas parejas subían a la ermita de San Pedro de Griegos, llamada así por los monjes mercedarios, que creían que el poblado ibérico era en realidad una construcción griega. Otras se perdían en la umbría alledaña.

Las fiestas patronales de septiembre tenían sus carreras de burros en la rambla, de “embolsados” saltando metidos en sacos entre los aplausos de una divertida concurrencia y una alusiva carrera en bicicleta tratando de ensartar en un anillo colgando de un hilo con el nombre de una soltera, un pincho, a modo de lanza de remotos caballeros andantes. Esas fiestas eran entretenidas, donde todos participaban de un modo u otro y, sobre todo –sentencia Azucena con una sonrisa–, de “poco gasto”.

Los años de la modernización

En las últimas décadas –y hasta el comienzo de la crisis que vivimos ahora– se ha producido en Oliete una rápida modernización. Casas reformadas a las que se han incorporado baños, cocinas, calefacción y agua caliente, aire acondicionado, teléfonos automáticos, neveras, lavarropas, televisores de generosas pulgadas y donde se han abierto garajes para motos, automóviles, camionetas o tractores, que han desterrado para siempre burros y caballerías y esos cerdos criados en los bajos de las casas con desperdicios o esos potajes cocinados con esfuerzo para engordarlos a tiempo y estar listos para la matacía navideña.

Todo ha representado un progreso para quienes vivían con un solo grifo de agua por casa, pasando frío alrededor de una estufa o un hogar alimentado con un carbón sulfuroso, alumbrado por una bombilla de 110 voltios y pocos vatios y con dificultades para saber de la vida de hijos o hermanos emigrados a Cataluña. Había que ir a la “telefónica”, local situado en la casa particular de María Burillo de la calle de la Parra. Allí, frente a un tablero con clavijas correspondiente a abonados, María llevaba a cabo conexiones locales e intentaba, tras largas esperas, las nacionales e internacionales. Su amabilidad era proverbial y llamas desde Oliete o del extranjero solía reconocer la voz y acertar con la clavija adecuada. En 1985, supremo adelanto, apareció el teléfono automático y muchas casas empezaron a tener su línea propia. La telefonista se jubiló y saludaba por las calles a sus antiguos abonados con la misma cordialidad de antes.

Entonces es fácil comprender que la nostalgia del tiempo pasado no sea atributo de los olietanos, viviendo ahora con un confort que parecía solo privilegio de los “ricos”, habitantes de grandes ciudades, aunque la vieja puerta de madera de la casa, con su gran llave de hierro forjado, hubiera sido sustituida por una cortina de enrollar metálica, tan ruidosa como antiestética.

Basta recordar que el agua corriente llegó a las casas recién el 5 de marzo de 1956 y que hasta ese momento había que ir a buscarla a las fuentes, una de ellas situada en la plaza de la iglesia, donde se llenaban cántaros y botijos. Al lavadero público bajaban las mujeres a lavar la ropa, puntos donde se intercambiaban noticias y chismes del pueblo. Y recordar también que las calles se terminaron de pavimentar en 1960. Hasta entonces, las empinadas cuestas eran una suerte de barrancos por donde el barro corría cuando caían aguaceros.

Primeras noches en Oliete

Con estos antecedentes es comprensible que solo un ciudadano “urbanita” en vacaciones puede evocar en forma idílica el mundo campesino de antaño al hospedarse en una Casa de turismo rural en verano y ver aperos y viejas herramientas decorando las paredes, antiguas cómodas y camas de hierro forjado en las habitaciones. En Oliete hay ahora dos casas que acogen turistas, representantes comerciales y hasta hace poco, a mineros polacos atraídos por la industria minera de la vecina Ariño, hoy brutalmente desmantelada por el Gobierno y su insensible ministro de Industria. La más antigua, Casa Araceli, ocupa cuatro plantas en la calle Mayor en un caserón que fue cuartel de la Guardia Civil con la llegada de los nacionales en 1938.

Antonio García Cañada, más conocido por Toni –primo de mi primo Adolfo, por lo tanto y al parecer también primo segundo mío– es un verdadero arcón de la memoria donde yacen los recuerdos que extrae con erudita solvencia. Nos promete –ante los restos de una fría cerveza– hacernos el relato de “El día que llegaron los nacionales a Oliete”, lo que es –desde ahora– el prometedor título de un artículo por escribir.

Volvamos a Casa Araceli. José Carod y Araceli Oliete transformaron en los años ochenta y con excelente gusto ese viejo caserón en una confortable Casa rural con cinco pequeños apartamentos completos y recuperaron de graneros familiares viejos muebles, que restauraron con esmero. En uno de los mejores años de la expansión económica –2004– se abrió una segunda casa a orillas del río Martín –El huerto del Trucho– construida por su propietario, un albañil reconocido del pueblo, Lisbona, apodado el Trucho, y atendida por su esposa, Pilar.

La primera vez que dormimos en Oliete, en 1976, lo hicimos en una alcoba de la casa de José y Araceli –abierta en un hueco en la pared donde se metía la cama para estar más abrigados– muchos años antes de que fuera reformada para su destino actual. Supimos entonces lo que era subir dos plantas para lavarse en ese único grifo de agua fría, vecino al hogar de la cocina y descubrir en el centro de una gran habitación un solitario inodoro. Era invierno y padecimos de sus rigores al recorrer las calles solitarias y recibir el saludo amable de algún vecino. Nos dimos cuenta, lo que comprobaríamos con el paso de los años, de que los habitantes de Oliete agradecen a quienes los visitan en invierno. En verano es fácil venir y hacer excursiones por sus alrededores: las pinturas rupestres, el pueblo ibérico, la sima de San Pedro, ir andando río Martín arriba o abajo por las umbrías choperas, tomar un refresco sentado a la puerta del Bar Baretta o nadar en la piscina municipal. Otra cosa es el invierno, cuando sopla el viento y los chopos están desnudos.

La segunda vez que dormimos en Oliete –esta vez por varios días en el verano de 1977– lo hicimos en una pequeña tienda de campaña (una “canadiense”) levantada a la escasa sombra de un viejo peral, junto a una casa semiderruida, en unas tierras a orillas del río Martín, cuyo cauce, desde el desagüe de la represa de La Foradada y a lo largo de un estrecho valle flanqueado por abundante vegetación, va hacia el pueblo, lo atraviesa y se pierde hacia abajo, a través de otras choperas, hasta su desembocadura en el Ebro, pasando por las huertas de Ariño y Albalate del Arzobispo, entre otros.

Dormir en el campo, a ras del suelo, es una buena experiencia iniciática. Se descubren en las noches sin luna miles de estrellas, jamás vistas en la ciudad. Acostados boca arriba, se

puede soñar sin dificultad con otros mundos y cuando una luz pasa parpadeando hacia el norte, podemos trasladarnos por un instante al apretujado asiento de un avión, donde un pasajero mira la negra noche por la ventanilla y, tal vez, nos imagina a su vez.

Un pueblo mítico evocado en la distancia

¿Vale la pena seguir evocando estos fragmentos de la memoria de unos y otros, sin antes haber explicado cómo Oliete fue, antes que nada, un lugar imaginario, mítico, evocado por mi padre en los años de infancia en Montevideo?

Sin esfuerzo, lo vuelvo a ver, joven y altanero, afeitándose por las mañanas. Lo hace con parsimonia, como se hacía entonces, preparando la espuma del jabón con una brocha en una bacinica, afilando la navaja con una badana de cuero y pasándosela con cuidado. Mi padre se afeita sin parar de hablar. Me cuenta historias que se me antojan fantásticas de un lejano pueblo en Aragón –Oliete– situado del otro lado del océano Atlántico. Yo, un niño, sentado en un taburete a su lado, lo escucho admirado. Desfilan personajes pintorescos, primos y vecinos, cada uno con su característica y su apodo, antepasados, un bisabuelo que había hecho fortuna con el azafrán y luego con una tienda, donde se vendía de todo.



Primer automóvil de Oliete, 1925. Al volante, Adolfo Royo, heredero de la tienda Juan Domingo Royo; a su lado, su hermano Rodolfo Royo; recostado en el pescante Fernando Aínsa Royo, padre del autor. Detrás del auto, Juan Burillo, que retomó la tienda con su nombre, Casa Burillo. (Foto del archivo familiar del autor)

En Montevideo, cada mañana, cuando mi padre terminaba de afeitarse, me dejaba con el relato en suspenso, como en las telenovelas de ahora, para tenerme en vilo durante las siguientes veinticuatro horas. Por ejemplo, dejando a mi bisabuelo escondido en una tinaja de esas que se usaban para el vino, mientras los carlistas revisan la casa buscándolo y mi bisabuela les repite que “está en el campo, trabajando en unos olivares”. Si lo descubrierán finalmente o si mi abuela convencería a los soldados que revolvían la casa de que allí no estaba, tendría la respuesta a la mañana siguiente. Entretanto, suspenso garantizado.

Los tiempos históricos en los relatos de mi padre se mezclaban, a veces envueltos en guerras de las que él mismo solo había recibido relatos de antepasados: la guerra de la Independencia contra los franceses, de los carlistas, la guerra civil y sus trágicas secuelas... En los tiempos de paz de lo que me contaba había una huerta feraz y frutales le daban fama y por el hoy olvidado cultivo de la morera destinada a la crianza de gusanos de seda.

Había lentos viajes hacia Zaragoza en caballerías que tardaban dos días en llegar a destino. Había una vida dura de sus habitantes para sobrevivir de lo que daba la tierra. Luego hubo recaderos que llevaban fruta, especialmente manzanas, y traían encargos y suministros. Para comprar esa fruta o intercambiarla por cereales venían también vecinos de Alacón, Muniesa o Cortes. Más de un romance surgiría de esas visitas, culminado en matrimonios con “extranjeros” de pueblos vecinos.

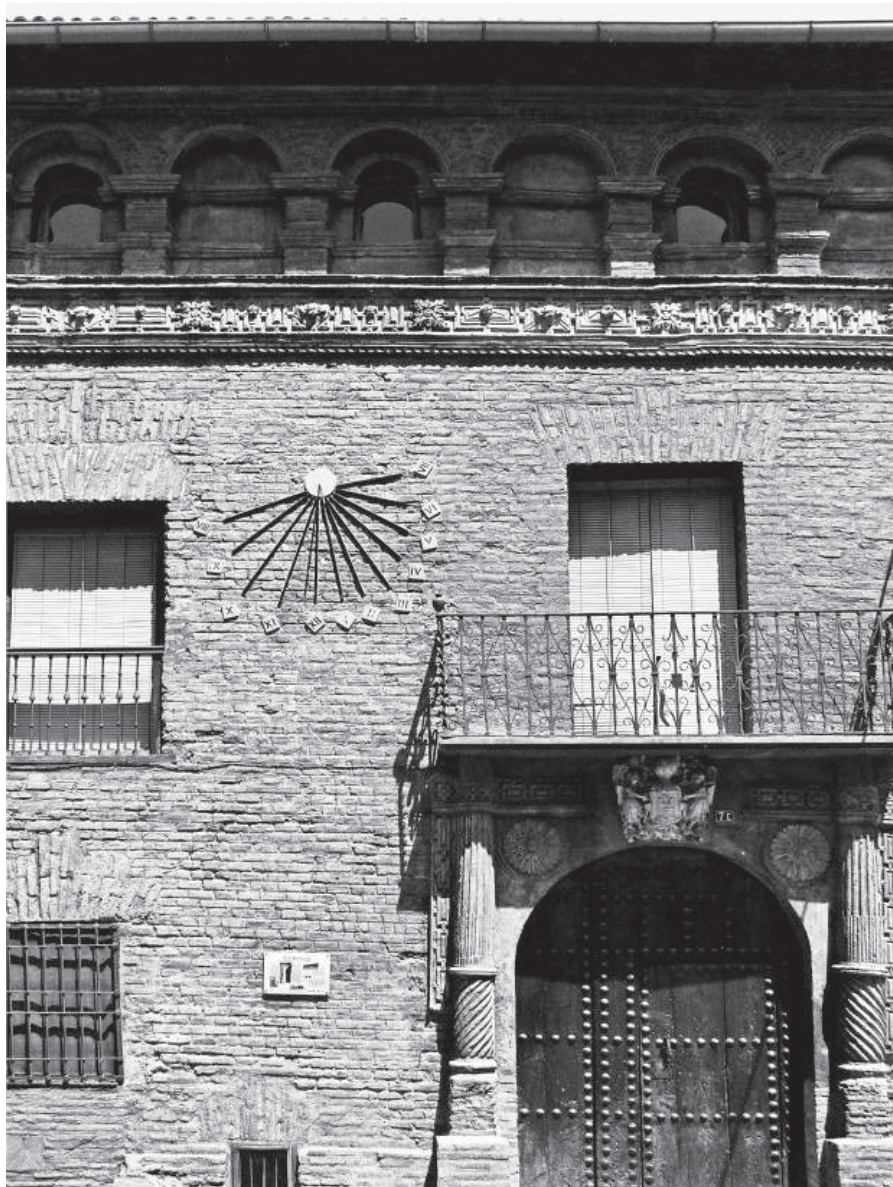
Nunca supe si las historias de mi padre eran verdaderas, inventadas o una mezcla de verdad y exageración, lo que era lo más probable. En realidad, prefería no saberlo. Pero, en todo caso, Oliete era un pueblo extraordinario, legendario, mítico que soñaba conocer algún día.

El sueño se hace realidad

Ese día llegó en junio de 1973. Tal vez este viaje en el tiempo a Oliete –y estas impresiones para incitar a los lectores de la revista a visitarlo, recorrer sus calles y pasear por sus alrededores– debería haber empezado por ahí, cuando mi tío Eduardo, hermano de mi padre, me trajo desde Zaragoza para darle al sueño una realidad tangible. Yo había venido desde Montevideo para liquidar unos bienes familiares y traía en mi maleta el postergado e inconcluso relato paterno.

Un relato cronológico debería empezar rememorando la penosa carretera llena de curvas que hoy se antojan inútiles, pero que carros y caballerías justificaban entonces para aligerar cuestas y bajadas desde Zaragoza, especialmente desde los interminables últimos catorce kilómetros a partir de Muniesa. En un pequeño Simca, parando en Lécera a llenar el depósito en una gasolinera a manivela, llegué con mi tío a Oliete y esa última curva que lo descubre a los ojos del viajero como un pueblo de postal, enroscado sobre un cabezo, se me antojaría con los años la primera página de un relato todavía no escrito.

Ese relato debería evocar la cuesta del “vía crucis” para visitar la Virgen del Cantal, años antes de su restauración y de los frescos de los Cañada que la decoran ahora. En el silencio de aquella mañana, solo interrumpido por el pequeño chorro de una fuente tan venerada como respetada, dos mujeres tomaban el sol con las faldas remangadas. Cuando nos vieron se cubrieron apresurada y avergonzadamente los blanquecinos muslos. Eran Rosario y Marina, que mi tío Eduardo me presentó con una divertida sonrisa. Así conocí a las hijas de Juan Burillo, las hijas del “tío Juan”, las que serían mis “primas”.



Edificio renacentista conocido como casa de la Donjuana. (Foto JAP)

Al volver desde la ermita al pueblo aquel día de fines de junio de 1973, lo hicimos por arrabales que se me antojaron pintorescos a través de mi mirada de “indiano”. Con mi tío recorrí las calles enroscadas del pueblo, sacando fotos para asegurarles un lugar en la memoria, hasta desembocar en la plaza de la iglesia, donde está la casa de la Donjuana, siempre con su puerta cerrada y una placa en el frente que recuerda su importancia y que fue edificada en el siglo XVI. Me preguntaría ese día –y hasta ahora– cómo es su interior, pero la verdad es que en estos últimos 39 años no he hecho nada por disipar mi curiosidad trasponiendo su umbral. Prefiero imaginar su interior como el escenario de una película

española de los años cincuenta, con impecables cortinados, muebles de época y retratos de adustos antepasados y damas de arrastrados vestidos, a decepcionarme descubriendo anacronismos y algún olvidado objeto de plástico rompiendo su armonía.

La familia Villuendas nos esperaba con un conejo horneado con patatas y abundantes dientes de ajo, que rociamos con un vino casero, conservado en tinajas en el lugar más fresco de la casa. En el viaje de regreso a Zaragoza, creo que me dormí, porque el trayecto se me hizo mucho más corto. Sin embargo, esa visita, que recordaría muchas veces a mi regreso a Montevideo, no me llevó a imaginar que un día podría vivir en esta tierra y que hoy –28 de agosto de 2012– escribiría estas líneas en el porche de nuestra casa, levantada en el mismo lugar donde acampamos en 1978 y a la que seguimos llamando Las Canales, tanto por inercia como por el respeto a una tradición de la que ignoro su origen.

Construir su casa para entrar en la vida de un pueblo

Alguien me dijo una vez que no hay como construir una casa para entrar en la vida de un pueblo; nada mejor para conocer sus gentes y sus artesanos –albañiles, carpinteros, pintores, yesaires, electricistas, fontaneros– y vivir al ritmo de su trabajo para hacerse de amigos e integrarse definitivamente a la colectividad. Recuerdo esos años y sus protagonistas: Emilio, con quien recogí piedras en el río seco, y su hermano Ricardo levantando paredes, al Pepe Moliner y su padre asegurando la carpintería de puertas y ventanas, al barbero, Alfredo Andreu, trayéndonos sobre sus espaldas el primer colchón donde dormimos bajo techo, a José Royo, a quien seguimos viendo con alegría, saludable y siempre sonriente, por las calles del pueblo; a los que se han ido estos años para siempre como José Burillo y Juanito, el maestro de obras a quien despedimos con emoción hace un par de años en el cementerio. Difícil olvidar las lágrimas que caían de los ojos de los sobrevivientes de su cuadrilla, mientras abrían a golpes de pico y pala la reseca tierra de su sepultura.

A través de los años hemos entrado en muchas casas de Oliete, hogares de conocidos, amigos y familiares. Nos las enseñan con orgullo y esa generosidad para abrir puertas y ventanas, encender luces e identificar retratos ovalados de antepasados en postura rígida ante la cámara de magnesio y del día del casamiento con una novia de mejillas coloreadas a mano con carmín, que solo puede encontrarse en los pueblos cuando ya se forma parte de ellos.

“Oliete, un pueblo de otra España”

Entrar en las casas, hablar con sus gentes. Esto es lo que ha hecho Pere Alberó, profesor de Guion y narrativa audiovisual en Barcelona, asistente de Theo Angeelopoulos en *La mirada de Ulises* y vecino de Oliete, autor del documental *Oliete, un pueblo de otra España* (2004). En 90 minutos que sintetizan más de tres horas de grabación de diferentes momentos de la vida del pueblo de sus padres: desde las fiestas patronales de septiembre a las hogueras de los Mártires. Lo cuenta el propio Pere, con su tono calmo habitual: “Fui viniendo regularmente a Oliete para ir grabando con la cámara, siguiendo el curso de las estaciones que iban cambiando el paisaje y las actividades de la gente. Estuve una semana para Todos los Santos, volví para la recogida de la oliva; cuando el invierno daba las primeras muestras de que se acercaba la primavera; para la Semana Santa, después del

frío invernal. Más reconfortante fue venir en junio cuando el grano estaba a punto para la siega; y, por supuesto, durante los meses de verano”.

Pere habló con la gente que iba encontrando, entrevistó a jóvenes y ancianos y transmitió una imagen entrañable del pueblo de sus antepasados e incorporó este documental a la breve –pero no menos curiosa– tradición cinematográfica de Oliete. Isaac Royo había hecho unos años antes otro documental (*Reportaje a Oliete*, 1968) y había filmado –con un grupo de amigos y familiares– varias películas de argumento histórico y sobre “la Pasión de Cristo”, escenificadas en las calles y casas del pueblo. La bodega de su casa, decorada con muebles antiguos, copias de cuadros y tapices famosos, armaduras y armas medievales, estatuas griegas y romanas, le sirvieron de escenario. Penetrar hoy en esa húmeda atmósfera, cerrada desde hace unos años, es volver a escuchar, como en la película *El año pasado en Marienbad* de Alain Resnais, las risas y alegres conversaciones de seres idos, fantasmas de sí mismos, moviéndose lentamente en un escenario digno de Visconti. Visionar las viejas películas de Isaac Royo: otra tarea pendiente para la memoria no escrita de Oliete...

Sin embargo, hay otras memorias en curso de escritura. Desde hace unos años Pere reúne documentos, recoge testimonios, revuelve archivos y ata cabos sobre un período del que todos, incluso los jóvenes, tienen algún recuerdo o han oído el relato de un familiar –la guerra civil– de la que, sin embargo, pocos hablan, más allá de la confidencia. Esta obra en madurado proceso de redacción promete ser reveladora. La postergada memoria histórica de Oliete la necesita.

La última carta de Mariano Alfonso Valle

En la sala de plenos del Ayuntamiento hay un cuadro de Alejandro Cañada que representa un leñador, hacha en mano, encaramado a un olivo. Ramiro Alfonso Carod, actual alcalde de Oliete, nos explica: “El leñador es mi abuelo Mariano, que fuera amigo de don Alejandro y –añade– fusilado en Zaragoza el 28 de mayo de 1943”.

La fecha sorprende y hiere: mayo de 1943, cuatro años después de haber finalizado la guerra civil, una prueba más de la implacable represalia que siguió a la contienda; fría exterminación a lo largo de años de aquellos que no comulgaran con las ideas del movimiento, ejecuciones muchas veces impulsadas por la venganza o los intereses espurios de un vecino.

Tal vez porque ahora una estela en el Memorial inaugurado en 2010 en el cementerio de Torrero lleva el nombre que ha rehabilitado la memoria de su abuelo, Ramiro nos habla en la confianza que da la amistad de ese imperdonable episodio de la historia no escrita de Oliete. Lo hace sin rencor, pero con las ideas claras. Nos hará llegar, un par de días más tarde con la autorización expresa para publicarla, una copia de la carta que la noche previa a su fusilamiento Mariano escribió a su esposa e hijos. Su mera transcripción lo dice todo:

Zaragoza, 27-5-1943. Querida esposa e hijos, me alegraré que al recibir estas cortas letras en vuestro poder, los encuentren con la mayor perfecta salud que yo les deseo. La mía sin suerte, pero paciencia. Josefa no mas te pido que sigas lo mismo que has seguido hasta esta fecha. José y Teresa y Agustín que respetéis a la madre, ya que yo he tenido tan mala suerte, y respetéis todos los días a los abuelos con un abrazo de mi parte y vosotros recibir

el cariñoso abrazo de vuestro querido padre que ya son las últimas que recibiréis. Salud les deseo y hasta la eternidad, hijos míos y esposa que tengáis suerte y recibir un fuerte abrazo de vuestro querido padre. No paséis pena por nada, ni por mí, que Dios todo lo ve y el resto del pueblo también lo sabe.

Adiós hijos míos, adiós esposa. Hasta la eternidad.

Mariano Alfonso Valle

Me pregunto, al releer una vez más esta carta de Mariano Alfonso, si habrá otras cartas como esta en los baúles o desvanes de Oliete, cicatrices que el tiempo no ha suturado del todo. En todo caso, esta es otra tarea pendiente de la memoria por escribirse que proponemos en estas páginas.

La impronta artística de “Los Cañada”

Me he citado con Nati Cañada en el bar de Baretta. Quiero poner un poco de orden en mis papeles sobre la significación de su familia paterna, sus hermanos y ella misma, en la vida de Oliete. No solo por su presencia habitual, verano a verano, en la original casa de cuatro plantas (una para cada hermano) que han edificado sobre el viejo molino donde se molía el trigo y otros granos que en la posguerra se mezclaban en la harina del pan del racionamiento, sino porque la obra artística de “los Cañada” está inevitablemente asociada a este pueblo que va descubriendo que la cultura no está solo en el pasado de sus piedras y monumentos, sino en la vida palpitante de hoy. El primer Certamen Cultural de Oliete, que se ha celebrado en el marco de las fiestas de San Bartolomé de este año, lo prueba, por si hubiera dudas: 52 relatos presentados al concurso literario y 25 cuadros al de pintura. Un buen nivel artístico en las obras concursantes, una excelente acogida a esta iniciativa y el nombre de Oliete circulando por Internet como excepción al desmantelamiento de que son objeto otros certámenes municipales en el resto de España.

En medio del jaleo habitual de los fines de las mañanas con que el bar Baretta contrasta las silenciosas mañanas de invierno, donde solo humean cafés y cortados, Natividad Cañada retraza un pasado familiar cuyo eje central ha sido su padre Alejandro Cañada (1908-1999). Sus obras están en el Ayuntamiento, en la ermita de la Virgen del Cantal y en la iglesia (*Ascensión de la Virgen*, un mural de 15 metros cuadrados, 1959, flanqueado por los frescos de sus hijas Nati y María Ángeles).

Figura polifacética y experimental, sus famosos retratos de piedras y los de piedras preciosas, sus grandes murales en el aeropuerto de Zaragoza, en IberCaja, Urrea de Gaén, iglesia de Maella y tantos otros puntos de la geografía aragonesa y española, no le hicieron olvidar el pueblo donde había nacido y al que volvía todos los años. Y el pueblo de Oliete así lo reconocería al homenajearlo el 1 de julio de 1984 y dar a una plaza su nombre.

Alejandro Cañada no fue solo un artista, sino un docente que a través del Estudio de Dibujo y Pintura abierto en 1946 en Zaragoza impartió cursos que irían creando escuela. Sus hijas Nati y María Ángeles, que prosigue con el Estudio, han seguido su senda; su hijo Alejandro, arquitecto en Teruel, deja signos de su original creatividad en la ciudad y, al parecer, la dinastía prosigue pues Nati Monaj, Carolina Cañada y Clara y Carlitos Carnicer, tercera generación, también incursionan en las artes. No se olvidan tampoco del tío Enrique, escultor en madera que emigró a Caracas tras la guerra civil y regresó años más

tarde con una talla de la virgen, que donó a la iglesia. Tampoco de aquella hermana del pintor que tocaba el piano y de aquel abuelo confitero, artista de la pastelería que endulzó la vida de muchos.

Oliete es el mismo, pero también ha cambiado

En estos últimos cuarenta años no solo han crecido los árboles de *Las Canales* que hemos ido plantando y se han renovado los de las choperas, gracias a la *Asociación chopo* (Plataforma para la conservación de las choperas) que orillan el río Martín. Oliete es el mismo, pero también ha cambiado. En sus calles nos cruzamos con otras culturas y costumbres: polacos trabajando en la minería, rumanos como albañiles (todos conocemos a Aurelio), magrebíes como pastores, un nicaragüense (amable como pocos) y argentinos en los diversos oficios que mantienen con vida este pueblo. En lo alto de un estrecho edificio de cuatro pisos en la plaza de la iglesia ondea la bandera de Polonia y el pequeño retablo de la Virgen de la Cama, que iba de casa en casa de acuerdo a la tradición, ahora también va a los hogares de polacos, fieles católicos que han encontrado en esta imagen olietana un remedo de la venerada virgen de Chestojowa.

Sentado en el banco de los jubilados –junto al viejo matadero, hoy centro de exposiciones– solíamos ver al Serena con sus grandes bigotes blancos y su eterna gorra de “capitán en tierra”. Era un ejemplo de los que regresan a Oliete. Había vivido muchos años en Venezuela, trabajado duramente en una hacienda abierta a golpes de machete en la selva, y nos contaba, en su diario andar hacia el pantano según recomendación médica, historias de “las Indias” a las que, a veces, me parecía quería regresar un día. El corazón, ese corazón generoso y sonriente con que siempre nos saludaba, le falló hará unos meses cuando iniciaba su caminata matinal.

Al llegar el verano, vemos además a “los hijos de Oliete”: los que emigraron en los años cincuenta y sesenta a Cataluña y los que han nacido fuera, pero heredan de sus padres el



Vista de Oliete desde el pueblo íbero, dibujo de Fernando Aínsa Royo, padre del autor, realizado a sus diecisiete años, en 1923. (Dibujo del archivo familiar del autor)

cariño por esta tierra, el respeto por sus tradiciones y recuperan –como hiciera yo gracias a mi padre y mi tío– los recuerdos de otros tiempos, descubren sus raíces, las caras amigas, los olores familiares. Ayuda a este rastreo, reconocimiento del pasado y, sobre todo, el establecimiento de una “red social” entre olietanos dispersos por el mundo, la labor que realiza la Asociación Cultural Oblites, fundada en 1989, que preside Rafael Quílez Clavero (*el Rafa*), la revista *Oblites* que edita a 500 ejemplares con su hermano Agustín (llevan 43 números donde se han publicado interesantes testimonios y artículos) y el ágil blog: oblites.blogspot.com, donde se recuperan fotos, recuerdos, anécdotas, hechos fragmentarios de una historia por escribirse y donde se reconocen en la red quienes comparten ese mismo afán.

Porque en eso estamos todos, cada uno con su historia a cuestas.